



HISTORIAS REALES

en primera línea de batalla

CORONAVIRUS

Enfermera en apuro

Ana Polegre



HISTORIAS REALES

en primera línea de batalla



**CORONA
VIRUS**



Enfermera en apuro

Ana Polegre



zenith

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: octubre de 2020

© Ana Pilar García Polegre, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta e interiores y maquetación: Ana Polegre

ISBN: 978-84-08-23281-0

Depósito legal: B. 12.154 - 2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

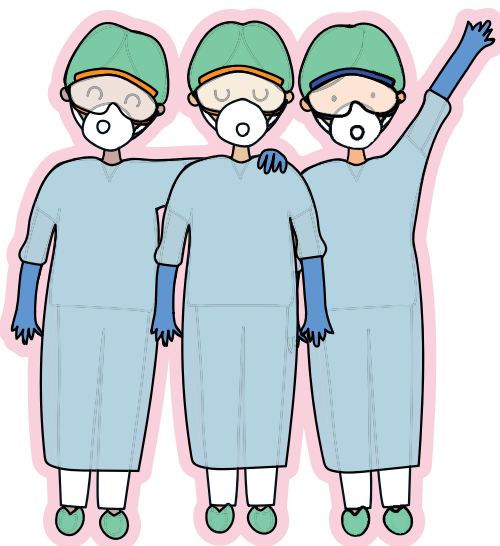
CORONAVIRUS

HISTORIAS REALES

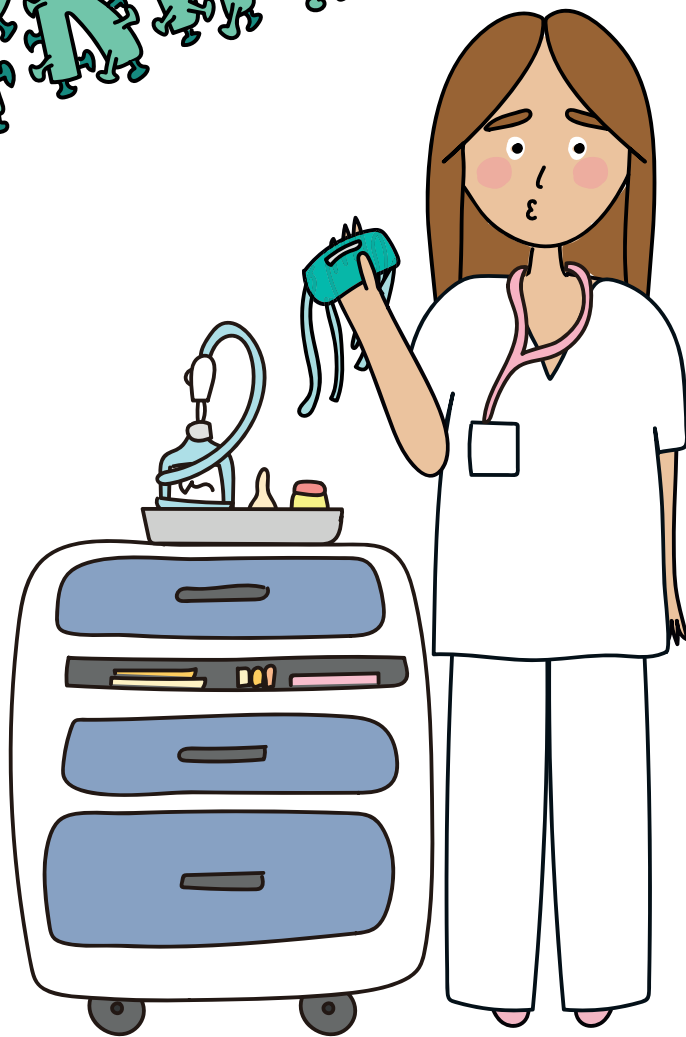
en primera línea de batalla

Índice

Primeros síntomas	13
Todo se fue al meconio	29
Aprendiendo a todo correr	59
Mala gestión de la crisis	75
Más de 50.000 sanitarios infectados	95
Por eso elegí esta profesión	123
Los verdaderos superhéroes	155



PRIMEEROO



SINTOMOS

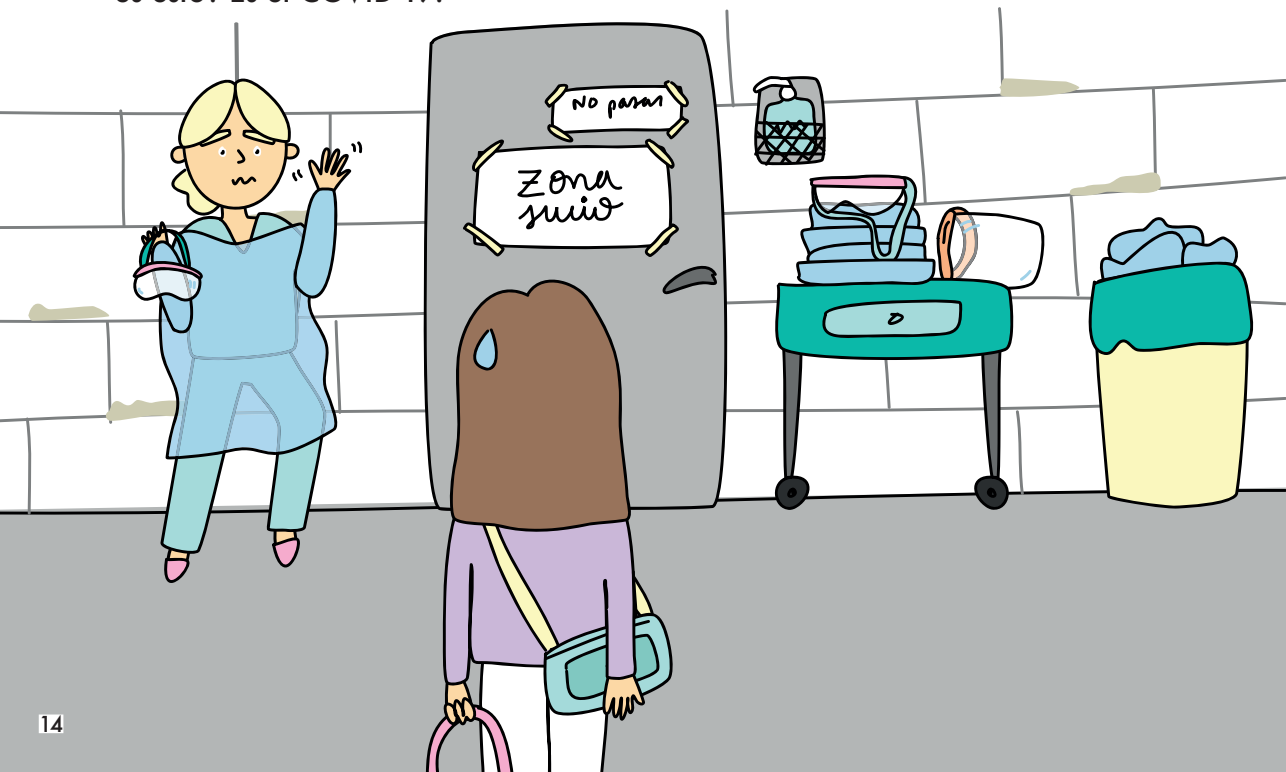
Mi historia con el COVID-19 empezó en Egipto.

Sí, estaba de viaje con mi familia cuando decretaron el estado de alarma en España, el sábado 14 de marzo.

Regresamos al día siguiente, sin entender muy bien qué pasaba. Estaba viviendo una realidad paralela y no era consciente al 100% de la situación, hasta que pisé suelo español.

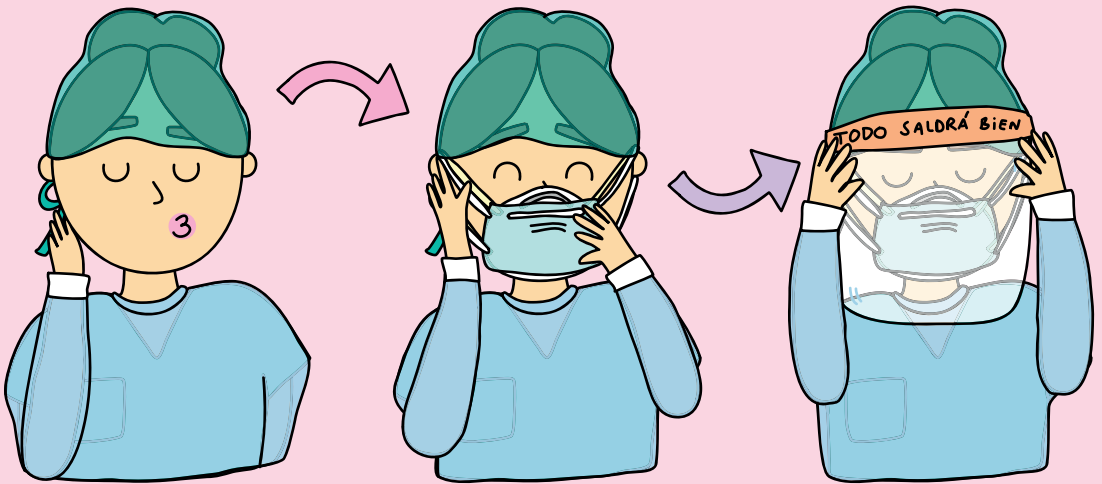
Llegué y todo era diferente a cuando me fui. No imaginaba que, los besos de despedida antes del viaje, iban a ser los últimos besos que diera en mucho tiempo.

Tenía unos días libres antes de incorporarme al trabajo en mi hospital y empecé a enterarme de la gravedad del asunto por las noticias. Cuando pensaba que era consciente de todo, llegué a mi trabajo y la realidad me golpeó en la cara: plantas divididas y totalmente aisladas, personal reubicado, cada día un protocolo nuevo, cada día más infectados, cada día más fallecidos. Pero ¿qué es esto? Es el COVID-19.

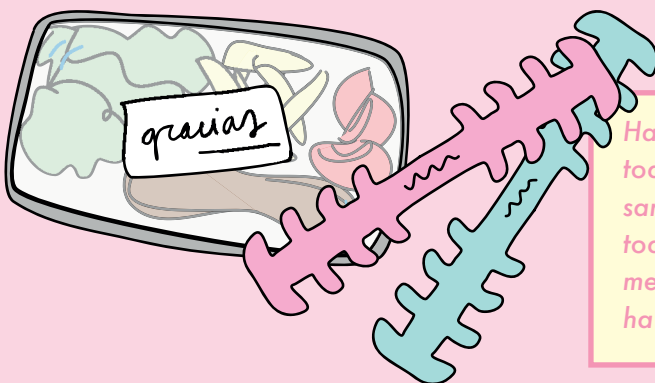


El COVID-19 acaparaba toda la atención pública, pero las demás enfermedades no habían desaparecido por arte de magia. La reubicación de muchos compañeros provocó que las plantas restantes se saturasen. Ahí seguían los pacientes crónicos, los pacientes oncológicos y los pacientes que no se podían ir a casa. Pacientes que nos necesitaban igual, o incluso más, que antes.

Los días fueron pasando y empecé a acostumbrarme a trabajar con doble mascarilla, a ver con las gafas empañadas y a escuchar a todo el vecindario aplaudir a las 20 h, mientras hacíamos el cambio de turno.



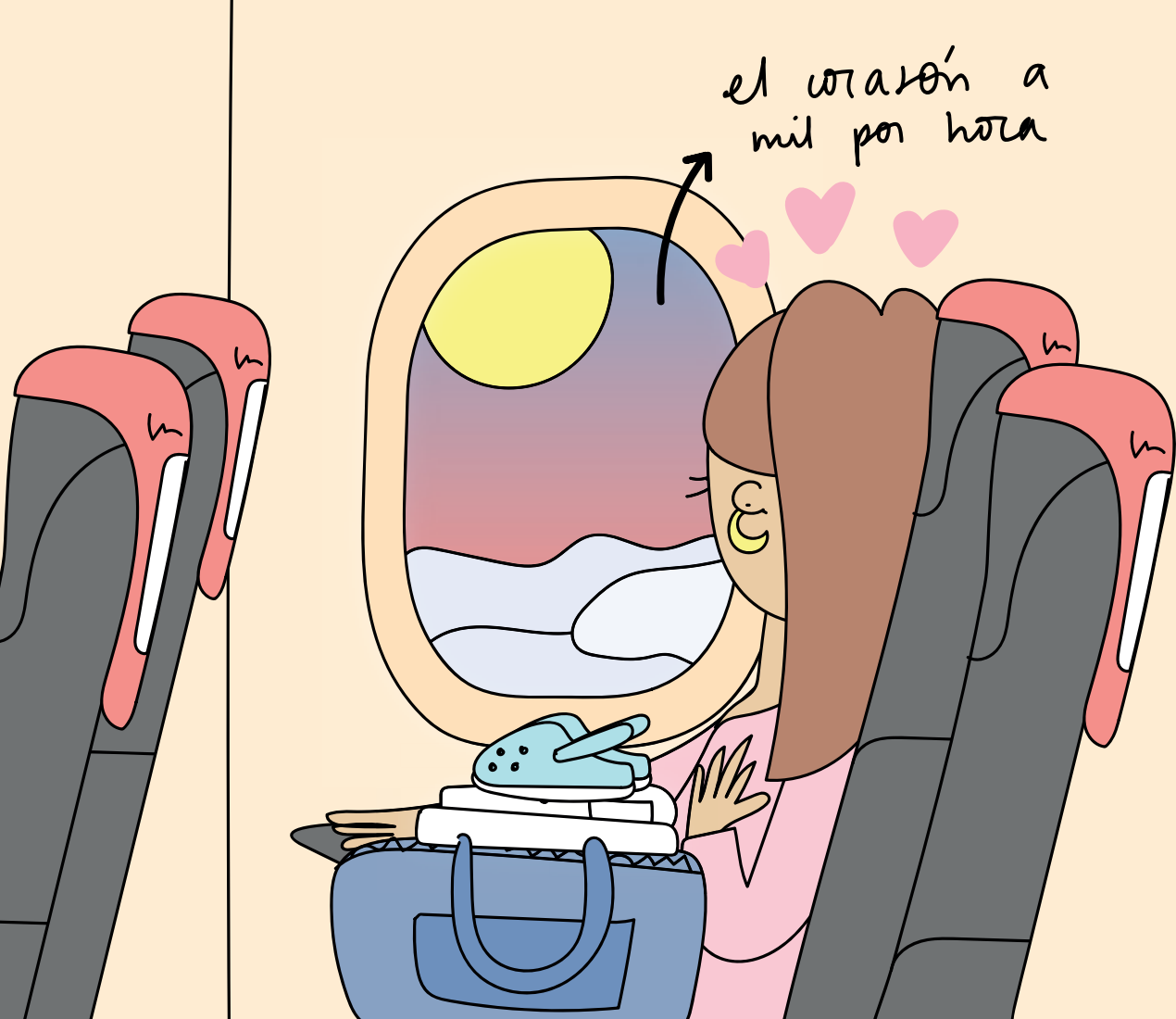
Empezaron a llegar donaciones al hospital. La gente nos traía pantallas protectoras hechas en casa con impresoras 3D, mascarillas, salva orejas, monos de protección, botellas de agua, comida, fruta... y sin pedir nada a cambio. Venían con la más grande de las sonrisas porque sentían que nos ayudaban. Nos han ayudado mucho y les estaremos eternamente agradecidos.



→ los salvavidas nos salvaron de las úlceras

Ha sido increíble la manera en la que todo el mundo se ha volcado con los sanitarios. Nos ha emocionado a todos y nos ha ayudado a sentirnos menos solos. Todo lo que ha pasado ha sido único e increíble.

Ana Polegre



Leticia | Enfermera | Urgencias

Me encontraba en Brasil haciendo el doctorado. Cuando empezó todo esto, decidí volver a España.

Por suerte, en Brasil me aseguraron que podría defender mi doctorado a distancia, así que no lo dudé e hice las maletas.

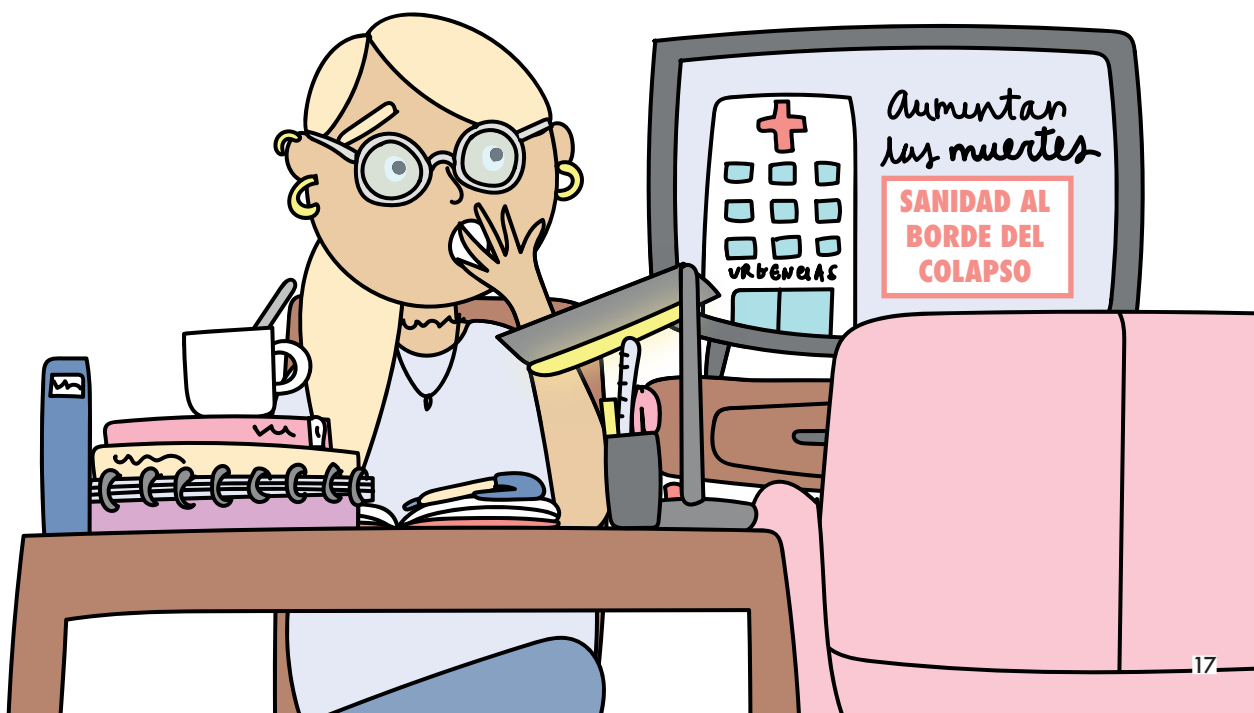
Llegué un lunes muy temprano a España y la situación era desoladora. Se me rompió el corazón. Al día siguiente, ya estaba trabajando en Urgencias en un Hospital Público.

Recién graduada en junio de 2019, estuve trabajando durante un mes en una UCI (Unidad de Cuidados Intensivos). Tras este contrato, decidí prepararme la oposición militar y el título C1 de Inglés a la vez, en modo *sprint* para llegar a tiempo y poder alcanzar a aquellos que habían empezado meses antes a prepararse.

Todo iba bien hasta que, a finales de febrero de 2020, llegó el COVID-19 a España y empezó la crisis.

Empezaron a pasar los días. Llegó marzo y no podía parar de pensar que yo estaba en casa estudiando mientras mis compañeras empezaban a pasarlo muy mal.

La situación en los hospitales empeoraba progresivamente, casi a cada hora, y las previsiones eran cada vez más desalentadoras... Mi conciencia estaba cada día más inquieta. El 16 de marzo, después de ver las devastadoras cifras de infectados, ingresos y fallecidos en los informativos, decidí volver a trabajar.



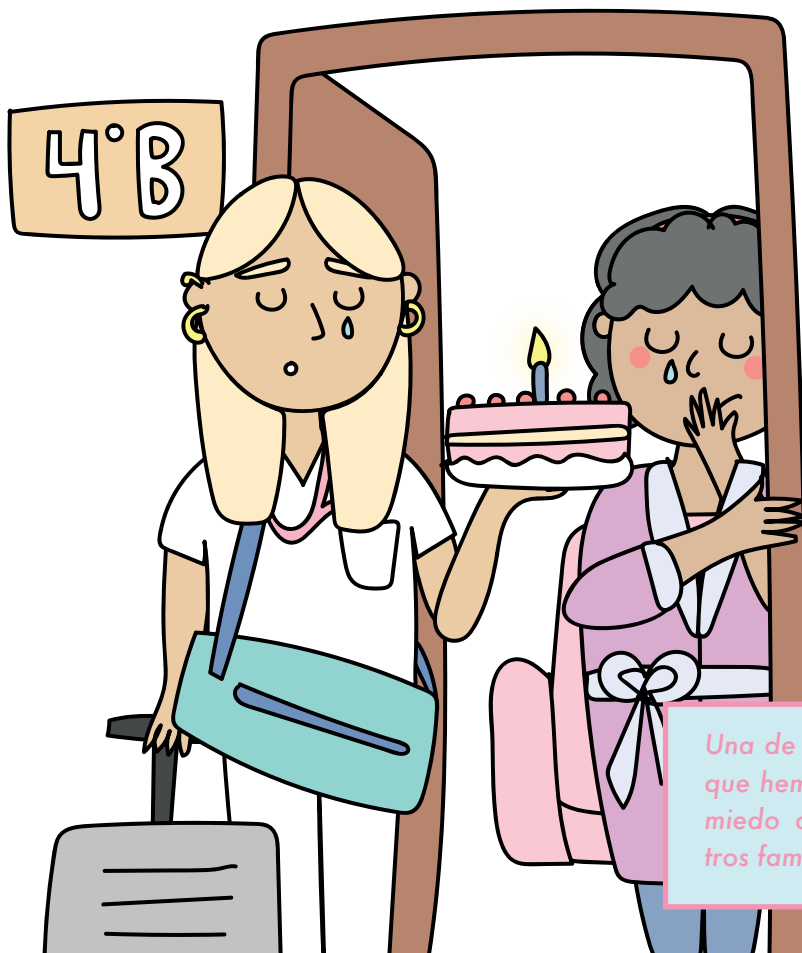
Estaba poniendo en peligro mi sueño, pero no podía quedarme otro día más en casa sin hacer nada.

Esa misma tarde me activé en la bolsa de trabajo y, al día siguiente, me llamaron para empezar en la UCI de referencia de COVID-19 de mi comunidad. Empezaba esa misma noche. La noche de mi cumpleaños.

A todo correr, tuve que buscar otro sitio donde vivir porque éramos cinco personas en casa, mi padre era persona de riesgo y, además, yo compartía habitación con mi hermana pequeña.

Mantenerlos a salvo iba a suponer un reto si seguía en casa. En cuestión de horas, hablé con mis padres y les conté que me marchaba de casa, que iba a hacer las maletas para una estancia indefinida y que sacaba el uniforme otra vez.

Mi madre me hizo una tarta exprés para poder soplar las velas por mi cumple.



Una de las cosas más duras que hemos vivido ha sido el miedo a contagiar a nuestros familiares.

Ana Polegre

Diría Mario Benedetti que «cuando creíamos tener todas las respuestas, el universo cambió todas las preguntas».

En mi caso, las preguntas cambiaron aquel viernes 13 de marzo de 2020.

A media mañana llegué al hospital. Me temblaban las piernas y estaba tan nerviosa...

Había escuchado en la radio que necesitaban urgentemente enfermeras. El COVID-19 empezaba a hacer estragos en mi provincia y los servicios sanitarios estaban colapsados.

Yo ni siquiera había trabajado un año completo como enfermera, pero sentía que no era el momento de dudar ni de prestar atención a mis miedos e inseguridades.

No sé de dónde saqué el coraje, pero en apenas media hora tenía frente a mí un contrato de 6 meses en el Servicio de Enfermedades Infecciosas. Nada más y nada menos.

Si algo he aprendido tras casi 50 días trabajando con pacientes de COVID es que hay belleza en los lugares más inesperados y que hay lugares con luz incluso en los momentos más oscuros. Y, si no los encontramos, nosotros mismos podemos ser esa luz brillante.

Mentiría si dijese que ha sido fácil.

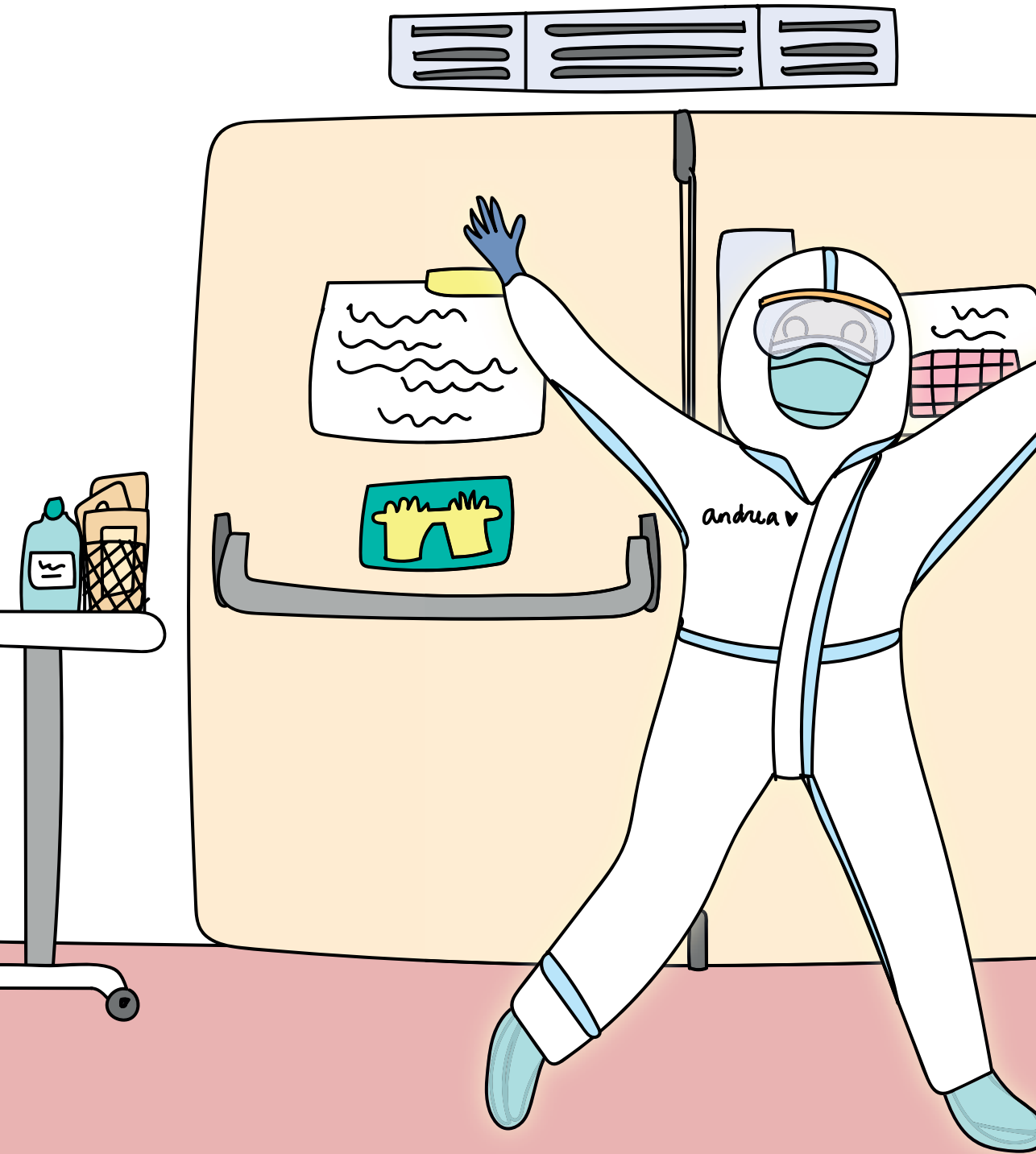
Recuerdo una frase de la película *Flipped*, que decía eso de: «Algunos tenemos un acabado mate, otros, satinado, otros, esmaltado... Pero, de vez en cuando, conoces a alguien que es iridiscente y, cuando ocurre, no hay nada comparable».

Las enfermeras somos iridiscentes.

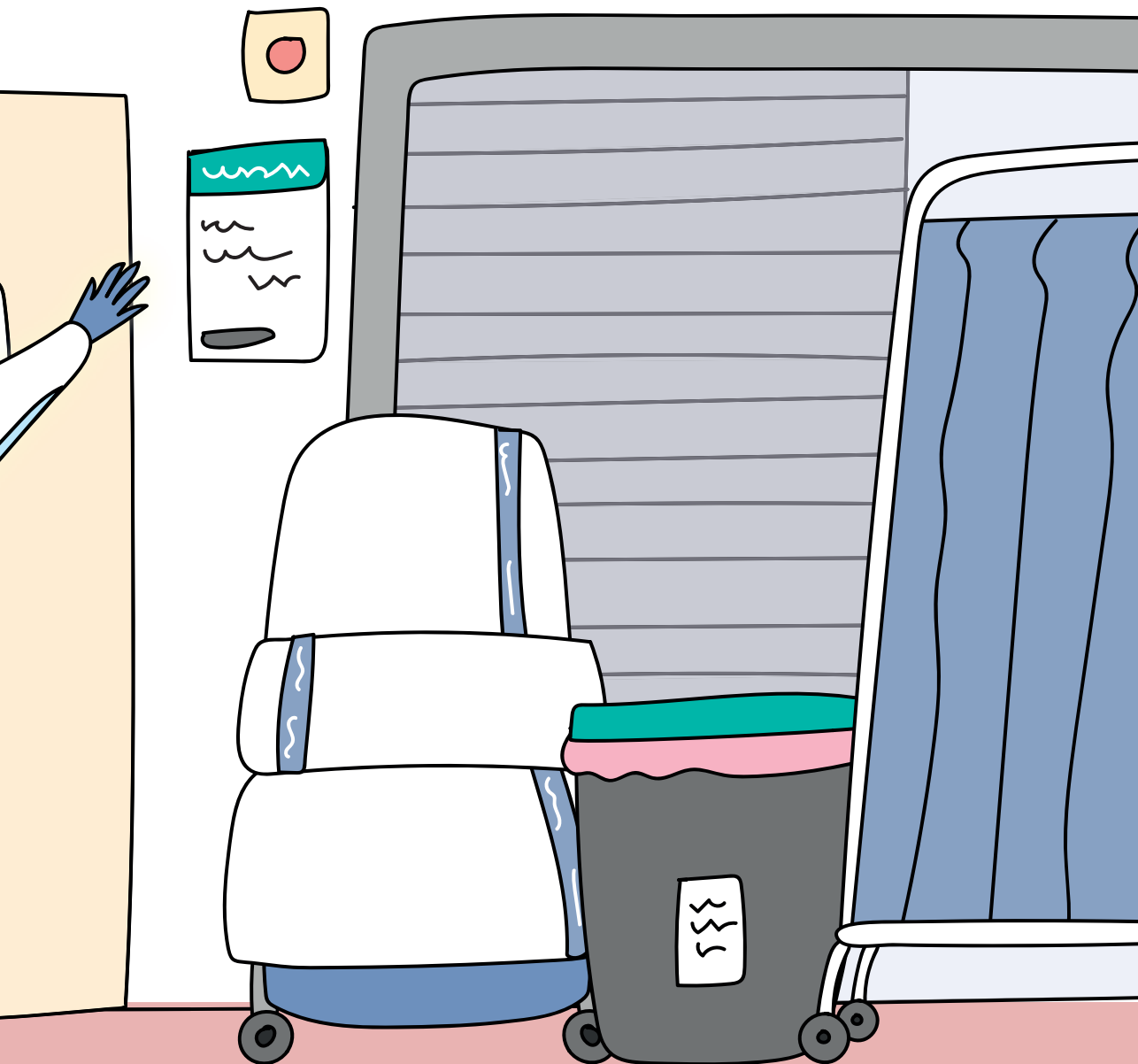
Los sanitarios somos iridiscentes.



IRIDISCENTES



¡Podemos no ser
luz brillante!



Todo empieza con una sensación agrí dulce.

Pasas de contratos precarios en los que estás viajando todos los días a, por fin, recibir una llamada de tu ciudad: te necesitan en tu hospital.

La mala noticia es que el maldito bicho ya ha llegado.

El primer día, vino una persona a enseñarnos cómo ponernos un EPI (Equipo de Protección Individual), alguien a quien no volvimos a ver nunca más, porque claro, nunca más tuvimos los mismos EPI que el primer día.

Lo que era una bata de un solo uso por paciente se convirtió en una sola bata para todo el turno. Las mascarillas se reciclaban una y otra vez.

Yo solo pensaba: «¿Lo estaré haciendo bien? No quiero llevarme el virus a casa». Con el paso de los días, nos fuimos adaptando a esta situación.

Cada vez que entras en una habitación, repasas mentalmente una y otra vez si te has preparado correctamente para entrar con todo lo necesario. Cuando hay una urgencia, es increíble ver cómo las compañeras empiezan a vestirse como si de una competición se tratara.

Al principio, es inevitable hiperventilar por el agobio del EPI y la angustia del momento, pero en cuanto consigues controlar la respiración, te vas acostumbrando.

Una de las cosas que me costó algún que otro debate fue el hecho de que no nos dejaran dar información por teléfono a los familiares. ¿Cómo que no podemos? Sabemos por lo que están pasando estas familias.

Los familiares no quieren conocer tecnicismos de la evolución. La mayoría conocen la gravedad de la situación y lo único que desean saber es cómo se encuentra su familiar: si está tranquilo, si habla con nosotras cuando pasamos...

Las familias agradecían infinitamente tener esa información.

**¿Me lo he
puesto bien?**

**¿En el orden
correcto?**

**¿Esta mascarilla
reutilizada me
protegerá?**

**¿Y esta bata
que ayer volvimos
a esterilizar?**

**¿Estará
defectuosa esta
mascarilla?**

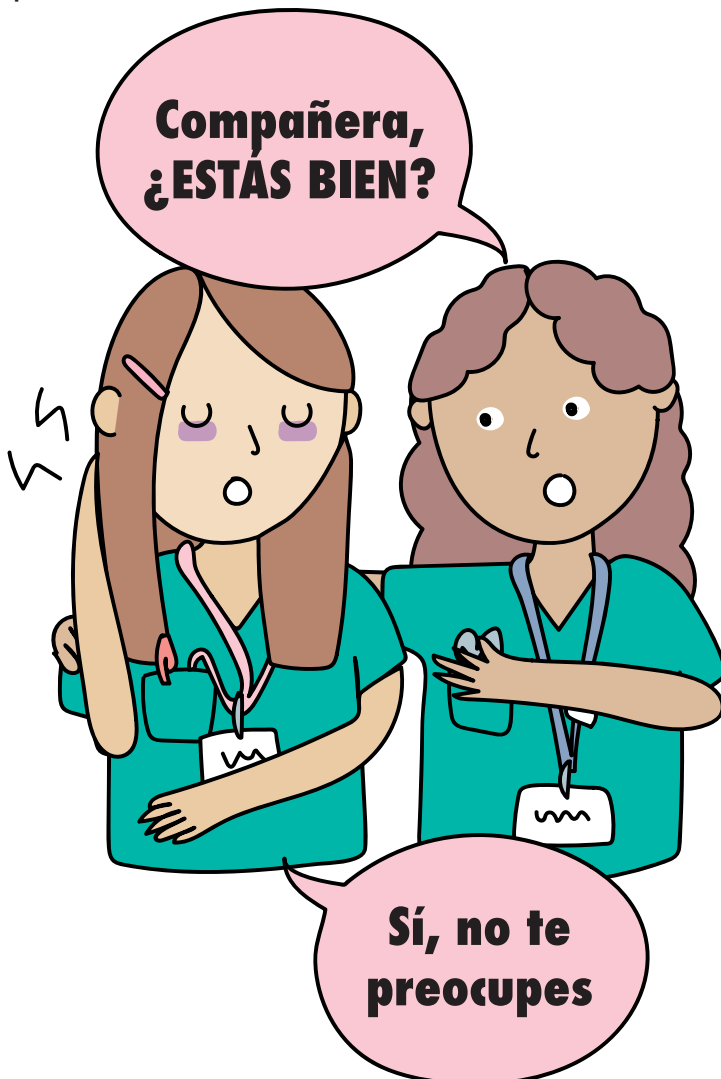
**M
I
L
L
E
S**

DE DUDAS

Un día más en el frente de batalla.

Es indescriptible explicar con palabras el dolor y la impotencia que sentimos al ver cómo los pacientes mueren solos, sin poder hacer nada más por ellos.

Dicen que estamos en tiempos de guerra y parece que con eso todo vale. Fingimos que las cosas van bien, lloramos cuando nadie nos ve y, al final, hemos aprendido a hablar con solo mirarnos, porque somos un equipo, sean los tiempos que sean.





Recuerdo la primera vez que ingresé a un paciente positivo. Nadie sabía qué hacer o cómo actuar y todos teníamos mucho miedo.

Nos habían explicado el protocolo de los equipos de protección, pero, frente a la habitación, no sabías si empezar por la mascarilla o por la bata.

Daba la sensación de que nadie quería entrar, había un sentimiento de incertidumbre y desconocimiento que helaba la sangre.

Entrar en una habitación y que el paciente solo pueda ver unos ojos un tanto achinados debajo de todo el disfraz, unas gafas empañadas por el calor y el agobio del traje y solo poder transmitirle paz y tranquilidad con tus palabras es duro, muy duro.

La sensación de deshumanización y frialdad que invade la habitación hace que intentes sacar fuerzas de donde sea para trasmitirle que no está solo, cuando en realidad quieres llorar y te invade la tristeza.

